El calabozo

Rubencio Valdez

Capítulo 1

... El papá insiste, y su hijo Lamberto se cansa de hablar con el general. Aunque al muchacho le parecía injusto que mataran a su padre sólo por robar comida del mercado, ya no se le ocurría nada más que decirle a ese frío general Domínguez, cuya fama de despiadado lo respaldaba.

Entonces recordó a Doña Beatríz, la señora más noble del pueblo, o al menos eso decían, que siempre ayudaba a los más necesitados. Si, ella, la que aunque pocos lo lleguen a creer, era la esposa del general. Tal vez, si hablaba con ella para que convenciera a su esposo de no fusilar a su padre, Domínguez entre en razón.

Cuando ingresó a la mansión del general, quedó inmóvil ante tanta belleza, había jarrones con flores por todos lados, las paredes estaban cubiertas por tapices de todos los colores, los muebles de la casa eran de cedro como solían ser los muebles en las casas de las grandes familias del pueblo de San Nicolás, las pinturas que colgaban de las paredes, más altas que el propio Lamberto, mostraban los orgullosos rostros de los antepasados del general. Caminó unos pasos al frente y se situó al centro de una gran escalera circular, que parecía llevar al mismísimo cielo; al rededor de ella, cuatro grandes vitrales bañaban el vestíbulo con una luz blanca adornada con destellos de colores.

-Esto debió ser hecho por los ángeles - Dijo en voz alta.

-Los ángeles no pierden el tiempo haciendo casas para ricos, muchacho - Le dijo el mayordomo quien aún seguía viéndolo desde la entrada con gesto despectivo - Dijiste que tenías un mensaje para la señora, ¿no es así?

-Así es - dijo incómodo.

-Sígueme.

El mayordomo, quién seguramente medía los dos metros, era tan delgado como podía ser alguien que nunca en su vida había probado bocado, el poco cabello que tenía junto a las orejas era blanco como la nieve, pero ni siquiera la nieve podría ser tan frío como su rostro. Lo siguió hacia su derecha, el hombre abrió una gran puerta tan alta como los árboles, y le hizo un gesto para que pasara.

Ahí, al fondo de una gran sala, se encontraba la señora de la casa, tan elegante como la recordaba en las ferias del pueblo, aunque sin su marido junto a ella, lucía todavía más hermosa. Había cosas que Lamberto nunca entendería de las grandes familias, pero sin duda, una de ellas era el hecho de que una mujer tan joven y bonita como ella podía haberse

casado con un hombre treinta años mayor que ella.

Cuando Doña Beatríz giró su rostro para ver el motivo por el que interrumpían su estancia, y se encontró con el joven campesino, los pies de Lamberto comenzaron a temblar. Ella lo miró con gran indiferencia de pies a cabeza, llevaba unos zapatos viejos y rotos que le había regalado su padre hace algunos años, cuyos cordones desatados no pasaron desapercibidos por la mujer, sus pantalones estaban sucios puesto que eran los usaba cuando acompañaba a su padre a sembrar, tampoco pasaron desapercibidos; y ni hablar de la camisa a cuadros que llevaba, la cual ni siquiera tenía todos los botones. Cuando al fin llegó a su rostro sucio, como era de esperarse, Doña Beatríz Heredia de Dominguez, simplemente... sonrió.

Capítulo 2

-¿Qué mensaje tienes para mí, muchacho?- dijo la elegante mujer.

-Es sobre mi padre, mi señora... - Respondió Lamberto, un poco nervioso- El general Domínguez lo tiene encerrado, pero...

-¿Cómo te atreves?, muchacho igualado - lo interrumpió exaltado el mayordomo que aún seguía en la estancia.- La señora, tiene muchas cosas más importantes que hacer, que estar escuchando lloriqueo del hijo de un delincuente. -Sujetó al joven del hombro con brusquedad y lo lleva hacia la puerta.- Disculpe mi señora, me haré cargo de éste campesino.

-Espera - Le respondió Doña Beatríz, mientras le dirige una mirada inquisidora - Es obvio, que necesita ayuda, déjanos solos.

Lamberto, no podía creer aquello que pasaba, el mayordomo hizo caso, por supuesto, a regañadientes pero lo hizo de inmediato.

-Siéntate, ¿qué pasa muchacho? - Pregunta cortésmente.

-Mi padre, fue encarcelado y se dice que será fusilado, mi señora - Comenzó a dejar de lado sus nervios y dejó que la desesperación lo invadiera.

-Lo siento, y ¿qué quieres que yo haga? yo no soy policía, ni mucho menos, ¿cómo te llamas? - una expresión indiferente comenzó a teñirse en su rostro.

-Lamberto Martínez, mi señora. Estoy aquí porque el general Domínguez, es quien lo tiene preso, y sé que es su marido -Lo dijo de una vez- Esperaba que pudiera ayudarme para que no le hiciera daño.

-¡Lo sabía! - Gritó, la mujer molesta mientras se levantaba de su asiento - ¿Qué se creen todos en este pueblo? ¿que soy una monja que tiene que ayudarlos a todos?

Pasó junto a Lamberto, mostrando así su delgada figura, llevaba un vestido elegante color violeta, tan hermoso y brillante como el firmamento, o al menos así le parecía a ese pobre joven, que nunca había estado tan cerca de una mujer así. Se detuvo junto a la ventana, dándole la espalda a su visita, viendo fijamente quien sabe qué.

-Claro que no, mi señora, pero usted comprenderá, estoy muy desesperado. Se trata de mi padre. - Dijo desesperado, viéndola fijamente con los ojos empapados. Pocas veces había llorado en su vida, no le gustaba, y mucho menos dejaba que alguien lo viera hacerlo, pero no

pudo evitarlo, haría cualquier cosa por salvar a su padre, inclusive matar a quien tenga que matar.

La hermosa mujer, giró su rostro nuevamente hacia él. Lamberto no comprendía lo que pasaba, ahora ella estaba sonriendo como sonríen los niños después de hacer una travesura, esperando no ser atrapados.

-Lo comprendo Lamberto, la familia es la familia - se acercó a él, mirándolo fijamente a los ojos - Yo también haría lo que sea por proteger a los míos, ¿no es eso lo que hacemos cuando amamos? - no dejaba de sonreír. Era hermosa, caminaba lentamente hacia él, moviendo su delicado cuerpo como un pequeño cisne flotando en las aguas tranquilas.- Tal vez pueda ayudarte.- Dijo al fin, en voz baja mientras se agachaba hasta mantener su rostro a la altura de Lamberto quien aún seguía sentado, admirándola. Entonces la mujer añadió - Si tu me ayudas a mí...

Capítulo 3

La habitación estaba completamente oscura. Las ventanas estaban escondidas tras gruesas cortinas. La noche había llegado, y Lamberto no sabía ni cómo había terminado ahí,
"si quieres que te ayude, tendrás que ayudarme a mí también" había dicho la mujer. Haría lo que fuera por salvar a su padre. Pero aún así, aquello que le proponía le aterraba, si el general se enteraba, cualquier cosa podría pasar.

Caminó lentamente al centro de la habitación, sus ojos comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad, poco a poco comenzó a distinguir formas, tocó algo con su mano derecha, y rápido se dio cuenta de que se trataba de una cama, se sentó. Era la cama más grande que había conocido, en cada esquina tenía una columna de madera, que giraba a manera de espiral hasta casi tocar el techo, o eso pensaba, la habitación era tan alta y oscura que no alcanzaba a verlo.

Una pequeña luz se encendió al otro lado de la habitación, la sostenía esa hermosa mujer que lo había llevado a sus aposentos. Era como si cada vez que la veía se volviera más hermosa, como si se tratase de un hechizo que la embellece a cada segundo. Lo miraba fijamente sin decir una palabra, aún llevaba su vestido violeta. maniobró aquella lucesita y encendió una vela, luego otra. Caminó unos pasos y encendió una más. Así siguió por toda la habitación, hasta que quedó lo suficientemente iluminada para apreciarla por completo.

La mujer de violeta caminó un poco más y se paró en el centro, justo frente a la cama. Hizo un movimiento en su cabello y éste calló sobre sus hombros, giró su cabeza una y otra vez, revolviendolo y desalineandolo. Dios, era hermosa. Sus ojos verdes aún miraban a Lamberto, quien ya se encontraba acostado en medio de la cama. Había dejado sus zapatos sucios junto a la cama, y los pocos botones de su camisa estaban sueltos.

-¿Haz estado ya, con alguna mujer, mi muchacho? - Preguntó Beatríz, mientras caminaba lentamente hacia él.

-Si, pero ninguna como usted - Le dijo el joven. No mentía, en realidad había estado con muchas mujeres para su corta edad, todas las chicas de la casa de Amalia, el prostíbulo del pueblo, lo conocían bien. Pero todas ellas le parecían iguales, con sus grandes traseros y sus enormes pechos, sólo servían para aliviar su calentura. No se parecían en nada a aquella bella mujer.

La mujer ya se encontraba al pie de la cama. Le sonrió. El también sonrió, aunque no con la confianza que le habría gustado. Hizo un movimiento en

los hombros y el hermoso vestido violeta cayó al suelo, dejando al descubierto la bella piel blanca y desnuda, de la mujer del general.

Capítulo 4

Las gruesas cortinas comenzaron a transparentarse, víctimas de los primeros rayos de sol. Junto a su lado, aún se encontraba Doña Beatríz, a quien no sabía si aún debía hablarle por usted, *"fue mía"* pensó, su cabello oscuro le cubría un poco el rostro, pero quería verla, necesitaba verla. Pasó delicadamente su mano sobre su rostro, quitando el cabello que la cubría, seguía luciendo hermosa, mucho más que la noche anterior. Abrió los ojos, y le sonrió.

—Mi muchacho —Le dijo tiernamente manteniendo su sonrisa. Odiaba que le dijera así, ya no era un muchacho, dejó de serlo hace mucho tiempo en la casa de Amalia, era todo un hombre, y así era como quería que lo tratara. Tenía 17 años, era verdad, pero pensaba como uno de 30. Además, ella aún era joven, no debía pasar los 25 años, y mantenía fielmente su rostro de niña, como si los años no le afectaran, como si el tiempo no pudiera hacerle daño.

—Buenos días, Beatríz. —Le dijo cortesmente — He cumplido con mi parte del trato — Le esbozó una sonrisa traviesa.

— Creo que he sido víctima de un fraude, mi joven caballero — Le siguió el juego, con una mirada que imitaba a una niña consentida a la que se le negaba algo. Aquello lo volvió loco, y sintió como su miembro reaccionaba a aquel sutil coqueteo. — Usted ha salido ganando.

—Estoy poniendo mi vida en peligro en éste momento, o ¿acaso el general tomaría muy bien el encontrarme en su cama con su amada esposa? — Intentó sonar audaz. Fracasó, la verdad es que aquello le llenaba de terror. —Además, —Intentó arreglarlo — No puedes decirme que haz salido perdiendo, después de ver como disfrutabas hace unas horas.

—Sin duda, así fue —Le obsequió una caricia en la mejilla — Mi marido, mi pobre marido —Dijo como si al hablar de él, se le llenara el corazón de tristeza — no se encuentra en el pueblo, anoche partió rumbo a la haciendo de San Agustín. Pero aunque estuviera aquí, tampoco debería importarte, nunca me visita a mi habitación, el no duerme aquí.

—Si yo fuera tu marido, jamás me separaría de tí, Beatríz, mi Beatriz. — Se acercó aún mas a ella, la tomó de la cintura y con un movimiento giró su delicado cuerpo, juntando su pecho desnudo con la fina espalda de aquella inquietante mujer. Ella sonrió. — No entiendo como alguien puede vivir contigo y no querer hacerte el amor todas las noches, me gustas Beatríz, me has vuelto loco de amor, nunca me cansaría de ti. — Posó su mano maltratada y rasposa sobre aquel delicado vientre. Sus brazos la

envolvían, como evitando así, que pudiera huir de él.

—Mi marido no me desea como me deseas tú, el sólo desea poder, yo sólo deseo amor. — Se giró hacia él, mirándolo como sólo ella lo hacía, como ninguna mujer antes lo había visto. Esos ojos verdes que ardían, que pedían amor, que pedían pasión, esos ojos en los que podría perderse para siempre. Beatríz tomó las sabanas y las arrojó lejos de la cama. Se elevó sobre Lamberto y si situó sobre él. Sentada, con una pierna a cada lado, sometiéndolo a sus deseos, lo seguía viendo, orgullosa de sí misma, con aquella mirada arbitraría que le decía sin decir *"te tengo, eres mío".*

Beatríz... — Sin poder decir más, llevó sus manos a los pechos de su amada. Mientras ella se movía sobre él. El placer lo envolvía, mientras aquella diosa que lo cabalgaba, sin poder siquiera pensar en nada más. Era hermosa, cada segundo era más hermosa que el anterior.

Ella, se inclinó hacia él acercando sus labios con los suyos. Y en voz baja, con aquella voz de niña inocente que lo volvía loco, le dijo al fin — Quiero que me regales tu semilla, mi muchacho, que la viertas dentro de mí. — Sus ojos verdes, se encendieron aún más, parecía fuego verde y lo miraban intensamente.

No lo dudo ni un segundo, rápidamente, la tomó por la cintura y la arrojó a la cama. Ahí sobre ella, volvió a hacerla suya, o al menos eso pensaba él. Al final, él terminó siendo suyo.

Capítulo 5

Oscuridad.

Eterna oscuridad, no sabía cuanto tiempo llevaba ahí, le dolía todo el cuerpo, era como si hubiera recibido una golpiza, pero no recordaba nada. Ese extraño lugar en donde se encontraba no tenía ventanas. Estaba sentado, con los brazos encadenados y extendidos hacia ambos lados. Y ese olor, ya debería haberse acostumbrado a él, pero siempre volvía.

Lo último que recordaba era haber estado en la cama de su amada, recordaba su cuerpo, sus ojos verdes. ¿Cómo llegó ahí? El general los habrá encontrado, sin duda, ella dijo que no era problema, pero es obvio que se equivocó. *"oh Dios, mi padre..."* pensó.

-Agua... -Su voz era tan débil, no tenía caso siquiera pedirlo, nadie lo escucharía, y lo sabía. De alguna manera lo sabía.

El silencio en aquel lugar era abrumador. Lo estaba volviendo loco, sólo se escucha a sí mismo, el choque entre las cadenas cuando se movía y sus pies al golpear la fría piedra. Sus pensamientos eran como gritos. Había comenzado a hablar sólo, sin darse cuenta en voz alta, pero ya no tenía fuerzas ni si quiera para eso.

Se quedó inmóvil como una piedra, sin poder hacer nada, sólo pensar y pensar, pasaba las horas pensando, en todo y en nada. Recordaba como solía caminar por las calles del pueblo todas las tardes, después de ayudar a su papá con la siembra, siempre recorriendo las mimas calles. Recordaba el olor de la panadería de Don Fernando, y a su hija claro, cómo olvidarla, esa pobre señorita, que dejó de ser señorita gracias a él. *"Pobre chica"* pensó, era tan fea, que seguramente nadie más se atrevería a tocarla de nuevo, *"ya supo lo que es el amor, y ahora sabrá lo que es nunca volver a tenerlo"*, pensaba cada que la veía en la ventana de la panadería, esperando verlo pasar, día tras día. Recordaba cada uno de los balcones a los que solía subir, en busca de una damisela. Los amigos con los que solía bromear y tomar en sus noches de cantina. Extrañaba su guitarra, y esos momentos que pasaba junto a ella bajo aquél viejo Ahuehuete, el árbol más grande que había visto jamás. Se encontraba en la sima de una colina cercana al pueblo. Le encantaba estar allá.

Todo aquello parecía tan lejano, como parte de un sueño. Algo que tal vez pasó, pero que jamas volverá a pasar.

Sus pensamientos se detuvieron por un instante. Escuchó pasos, parecían lejanos y lentos, pero a cada segundo se volvían más fuertes. *"Alguien*

viene" ,"es el fín", pensó.

Los pasos se detuvieron, y un sonido ensordecedor envolvió la sucia celda en la que se encontraba. Pudo ver como una gran y pesada puerta se abría frente a él. EL miedo lo paralizó, contuvo el aliento. Cuando la puerta se encontraba completamente abierta, pudo ver quien lo visitaba a aquel extraño lugar. Llevaba una pequeña vela, pero iluminaba lo suficiente para ver el rostro. Ese rostro que reconoció fácilmente, jamás podría olvidarlo. Llevaba la mis ropa que el día en que lo conoció, cuando le abrió las puertas de la casa del general.

Unos ojos penetrantes y hundidos en aquel pálido rostro lo miraban fijamente, sin gesto alguno. El individuo dio unos pasos adelante y cerró la puerta.

-Bienvenido, muchacho. -Al fin, logró ver una sonrisa en la cara de ese siniestro mayordomo. Pero para su desgracia, se trataba de la sonrisa más aterradora que había visto antes.

Capítulo 6

—¿Donde estoy? ¿por qué estoy aquí? — Preguntó. Estaba tan cansado que apenas y pudo pronunciar esas palabras.

—Estas en la hacienda "San Agustín", pocos tienen el honor de ser recibidos — Dijo con ironía — Reconozco que nuestra hospitalidad deja mucho que desear, pero usted comprenderá que tampoco estamos tratando con la realeza - Soltó una risa exagerada que retumbó en aquella celda.

—Beatríz prometió que no le haría daño a mi padre, quiero verlo, por favor, dígame que esta bien. — suplicó.

—¡oh, que nobles pensamientos, muchacho! tal vez estés a punto de morir y tú sólo te preocupas por tu padre. — Su mirada casi podía simular que guardaban un poco de compasión, pero sólo duró unos segundos, rápido se transformó en la misma mirada fría e indiferente de siempre. — No te preocupes, Doña Beatríz, siempre cumple su palabra, tu padre está sano y salvo. Libre, como haz pedido. Pero dudo mucho que lo vuelvas a ver.

—¿Qué me va a hacer? ¿donde está Beatríz? ¿Por qué...

—¡Doña Beatríz! ¡Igualado Imbécil! — Lo interrumpió dándole un golpe en el rostro.

Su cabeza se giró y sintió como si el la celda girara al rededor de él. Estuvo a punto de vomitar. Le dolía todo el cuerpo, y la cabeza aún más. Como si en mil cuchillos estuvieran intentando entrar en ella, sumergiéndose cada vez más.

—Hay algo que necesitas saber... —Hizo una pausa, esperando que el campesino estuviera de nuevo completamente consiente.

—No estás aquí porque hayas hecho al malo — Continuó— Estás aquí porque el destino te trajo aquí. Hay cosas que desconoces sobre este mundo. Cosas que jamás te dejarían dormir — Soltó una risa aún más ensordecedora que la anterior, y por mucho, la más aterradora — Eres desafortunado, muchacho, de eso no hay duda. Lo que estás apunto de pasar será lo último que te pase. Viniste a hacer un trato con el demonio, pero ¿adivina qué? el trato lo hiciste con tres demonios, y de todos el más peligroso soy yo. Al general no le importas, porque a él sólo le interesa el poder. Y a Doña Beatríz ya le haz dado todo lo que ella necesita. Ahora me toca a mí. Tienes una deuda conmigo, y debes pagarla.

Lamberto estaba aterrado, no creía lo que escuchaba. Estaba encarcelado en el calabozo de una hacienda en medio de la nada, encerrado con un demente. Debía haber alguna manera, el tipo quiere algo, cree que le debe algo. Tal vez no lo mate si es así. Esta loco si, pero tal vez pueda seguir su juego y lograr escapar.

—¿Qué es lo que quieres? — Pregunta al fín. — Haré lo que sea, pero déjame salir.

El mayordomo sonrió.

—Es muy fácil, y no tendrás que hacer gran cosa — Dijo mientras se acercaba — Todos necesitamos algo, muchacho — se paró a escasos centímetros de él — el general necesita poder — se inclinó hasta colocar su rostro justo enfrente del joven, mirándolo a los ojos — Doña Beatríz necesita amor — Llevó su rostro tan cerca del suyo, que podía sentir su aliento — Pero yo, mi muchacho... necesito sangre.

Capítulo 7

La pequeña corría. Las lagrimas volaban como lluvia que nacía de sus ojos. Sus ojos color café, tan grandes y brillantes que era imposible resistirse a su mirada. Era una niña hermosa, según le decían, de alta cuna que algún día debía cumplir con su deber para con su familia. Ese día había llegado.

No podía hacerlo, no conocía a aquel hombre con el que compartiría el resto de su vida, el miedo la envolvía. Sólo había una solución, o pasaría el resto de sus días viviendo sin vivir, y cuando el momento anhelado llegue, será demasiado tarde.

Se precipitó al entrar a la choza. Cayó al suelo de tierra, raspándose las rodillas. Tenía las manos en el piso, y el cabello le cubría parte del rostro, aún así, sucia y descuidada, su belleza no pasaba desapercibida. Levantó el rostro lentamente y pudo ver el lugar donde se encontraba.

Era una choza de planta circular, al centro una pequeña fogata iluminaba el recinto, sobre ella había una gran vano que permitía la salida del humo, había tapetes, cojines por todos lados. Alcanzó a ver algunos amuletos que colgaban de las paredes. Era un lugar extraño, sin duda, pero era el único lugar a donde podía ir, era el único lugar donde alguien la podría ayudar. Frente a la fogata, viéndola fijamente se encontraba una mujer.

Tenía una mirada penetrante, sentía como si aquellos ojos tan negros como la noche pudieran ver su alma. Era una mujer morena, que no llegaba a los cuarenta años. Su cabello era oscuro y adornado con figuras de colores. Sus rasgos eran toscos, de origen indígena, pero la mujer era alta y contaba con una elegancia muy particular. De sus orejas colgabas un par de aretes largos que casi tocaban sus hombros, llenos de símbolos que no alcanzaba a ver. Llevaba un vestido muy brillante color rosa. Del cuello le colgaban adornos de mil colores. Y su maquillaje pintaba su morena piel de una manera tan obvia, que contrastaba por completo con ella misma. Cubría sus brazo con un rebozo negro, con pequeños destellos brillantes. Parecía estar envuelta por el firmamento.

—La noche me ha traído un regalo. — Le dice, la mujer — Son tiempos peligrosos, una niña tan bonita y pequeña, no debería andar por estos lugares sola, y a estas horas.

—Necesito tu ayuda. — La pequeña dirige la plática rápidamente a lo que quiere. — Necesito uno de tus hechizos o de tu magia, lo que sea que hagas, necesito que hagas algo. — Su voz jadeante, mostraba desesperación.

—Cuidado con lo que pides, niña. Se te puede volver realidad. Y la realidad podría no gustarte. El precio podría ser muy caro.

—Haré lo que sea, pagaré lo que sea. — Insiste.

—¿Qué es lo quieres? — Pregunta al fin.

—Quiero ser hermosa. —Dice, con un poco de vergüenza.

—¿Hermosa? —Suelta una suave risa — Pero si ya eres la niña más hermosa que estos viejos ojos hayan visto jamás.

—No lo entiendes. Necesito belleza de otro tipo. Necesito ser hermosa para siempre. No debo envejecer jamás. — Sus ojos café soltaron una pequeña lágrima, mientras imploraban. — Haz que tus Dioses me lo concedan.

—A los Dioses no se les puedes exigir nada, niña. — Hace una pausa, que parece eterna. Para después levantarse de su asiento, frente a la fogata. El fuego comenzó a crecer, las sombras comenzaron a danzar a su alrededor — La vanidad es algo peligroso, no es a los Dioses a quién debes pedir un favor así.

—Entonces ¿A quién? —Pregunta desesperada.

—El inframundo está lleno de demonios llenos de sed, a los que puedes servir. Y a cambio podrás obtener lo que deseas.

Silencio. La pequeña sabía que aquello era brujería de la más oscura. Era peligroso, pero lo necesitaba. Haría lo que sea.

—Hazlo. — Dice con firmeza.

—El precio es caro, mi pequeña, no vale la pena. — Advierte.

—¡He dicho que lo hagas! — Levanta su voz, exigiendo que se le obedeciera, como estaba acostumbrada a hacer.

—Camina hacia la fogata. — Le ordena. Su rostro se transformó, tan duro como la piedra. La niña obedece, insegura. — El fuego te abrirá las puertas a un mundo que no conoces y sólo la muerte podrá sacarte de ahí. Sólo la muerte podrá pagar por la vida. El fuego será tu comienzo, y el fuego será tu fin. — Toma un frasco que tenía junto y lo arroja a la fogata.

La pequeña entró en las llamas. Pero éstas no le hicieron daño. Levantó los brazos y el fuego cambió de color, se volvió verde. La intensidad de la hoguera se incrementó a tal grado, que la envolvía por completo. La

mujer gritaba palabras que no entendía, en un idioma que jamás había escuchado. Pudo ver como a su alrededor, los monstruos comenzaban a bailar, acercándose cada vez más hasta casi tocarla. Eran horribles, llevaban máscaras espantosas que expresaban odio. La mayoría eran rojos y coronados con fuego verde. Muchos tenían formas de animales con la lengua de fuera. Comenzaban a reír y a gritar palabras que ella desconocía.

Levantó el rostro y vio como el humo salía por el vano de la choza, alcanzó a ver las estrellas. El tiempo se detuvo, ya no sentía nada, ya no escuchaba nada. Su mirada se perdió en el firmamento hasta que cerró los ojos.

Cuando los abrió, el café de su mirada había desaparecido. En su lugar, sus ojos habían adquirido un tono verde tan intenso como aquellas llamas. No sabía cuanto tiempo había pasado, la choza estaba completamente vacía y negra. La mujer ya no se encontraba ahí.

La oscuridad la envolvía, pero su piel brillaba. Era hermosa, y Beatríz jamás se había sentido mejor en su vida. Pero de alguna manera supo lo que debía hacer, y su sentimiento se transformó en terror. Se tiró al suelo, el miedo volvió. Pero de pronto lo comprendió; ella lo había decido, era el precio que tenía que pagar por el amor, y ella lo pagaría.